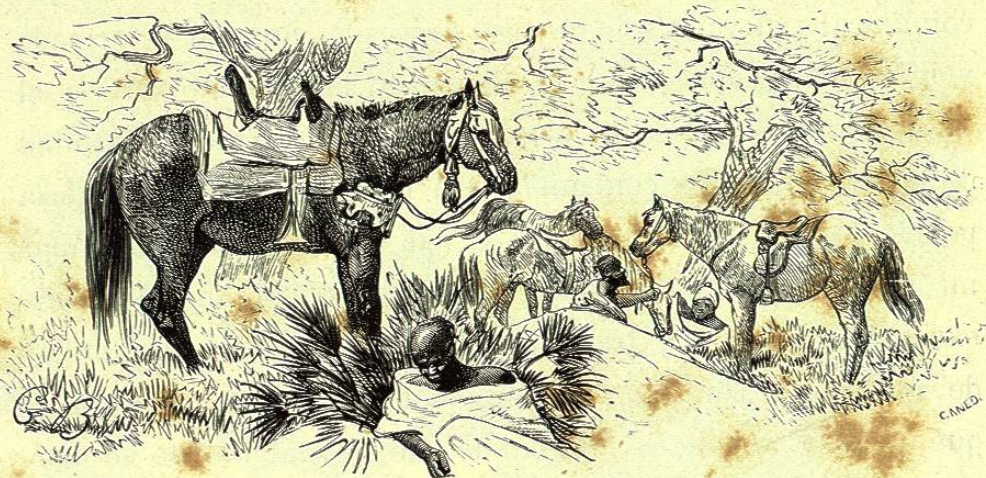


bridadas de un caballo ó de un mulo. Los pintores abrieron sus álbums dispuestos á tomar apuntes y bosquejar figuras; mas en vano, pues en cuanto advertía alguno de aquellos descamisados que era objeto de la atención del pintor, ó volvía la espalda, ó se ocultaba detrás del tronco de un árbol, ó se encapuchaba hasta las cejas. Tres, el uno después del otro, se levantaron murmurando, y fueron á sentarse cincuenta pasos más allá, llevándose consigo los cuadrúpedos. Ni aun querían con-



El alto

sentir en que fuesen copiados los animales. El que no ha visto á Biseo en aquellos momentos, puede hacerse cuenta de que jamás le ha visto la cara á la Ira. Trató de hacerles estar quietos, valiéndose de cuantos medios se pueden imaginar; pero súplicas, ruegos, promesas de dinero, todo fué en vano. Respondían negativamente con la mano, indicando el cielo y sonriendo disimuladamente, cual si quisieran decir:—No somos tontos.—Ni siquiera el muchacho mulato, ni los soldados de la Legación, crecidos, si así puede decirse, en medio de los europeos, y familiarizados casi con los dos artistas, se avinieron á permitir que su imagen fuese profanada por el lápiz

cristiano. Sabido es que el Corán prohíbe la representación de la figura humana y de los animales, como principio ó inclinación á la idolatría. El señor Biseo hizo preguntar á uno de los soldados por qué no quería dejarse copiar.

—Porque, — contestó, — en la figura que pretende hacer, no es capaz el pintor de infundir el alma. Siendo así, ¿para qué puede servirle? Sólo Dios puede crear seres vivientes, y es, por consiguiente, un sacrilegio el pretender imitarlo.

Preguntóse al muchacho mulato:

—No hay inconveniente, — dijo; — retratadme mientras esté dormido, pues en este caso no será mía la culpa; pero despierto y sabiéndolo, en jamás de los jamases.

En vista de esto, Biseo comenzó á bosquejar á uno que estaba durmiendo: todos los demás, agrupados á espaldas del pintor, observaban atentamente, contemplando, ora al diestro dibujante, ora al durmiente á quien estaba copiando. Al cabo de un rato despertó aquél; de una sola ojeada comprendió cuanto había pasado; hizo un ademán de despecho y se alejó murmurando, en tanto que sus compañeros parecían decirle con sus risitas: —Te la han jugado, compadre; prepárate para cuando lleguen las fiestas, que de una zurribanda no escapas.

Pusímonos de nuevo en camino, y al cabo de una hora vimos destacarse sobre el horizonte las blancas tiendas del campamento.

De repente salió á nuestro encuentro, sin saber cómo ni de dónde, gritando, disparando sus espingardas y á todo el correr de sus caballos, un grupo de jinetes que se detuvo á diez pasos de nosotros: su jefe estrechó afectuosamente la mano al embajador, y después se agregaron á la

escolta. Procedían de la aldea donde se hallaban levantadas nuestras tiendas, y eran soldados de una especie de *landwehr*, que constituye la porción más importante del ejército marroquí (si es que merece el nombre de ejército el conjunto de las fuerzas militares de Marruecos), compuesto de todos los hombres aptos para el manejo de las armas, de diez y seis



Su jefe estrechó afectuosamente la mano al embajador

á sesenta años. Había los que usaban turbante, otros llevaban ceñida la cabeza con un pañizuelo rojo y todos vestían caftán blanco.

Cuando llegamos á la etapa levantábanse las últimas tiendas.

El campamento se hallaba dispuesto sobre un terreno árido y sinuoso: á un lado, á lo lejos, distinguíase una cadena de azuladas montañas; por el opuesto cerraba la llanura una

serie de colinas cubiertas de vegetación. Á cosa de media milla del sitio en que se levantaban las tiendas, veíanse dos grupos de chozas de bálago medio escondidas entre chumberas.

Reunímonos todos en una misma tienda, y no bien habíamos tomado asiento dentro de ella, llegó corriendo un soldado de la Legación que, plantándose delante del embajador, anunció con regocijada voz que traían la *mona*.

—Venga, — contestó aquél incorporándose.

Todos le imitamos.

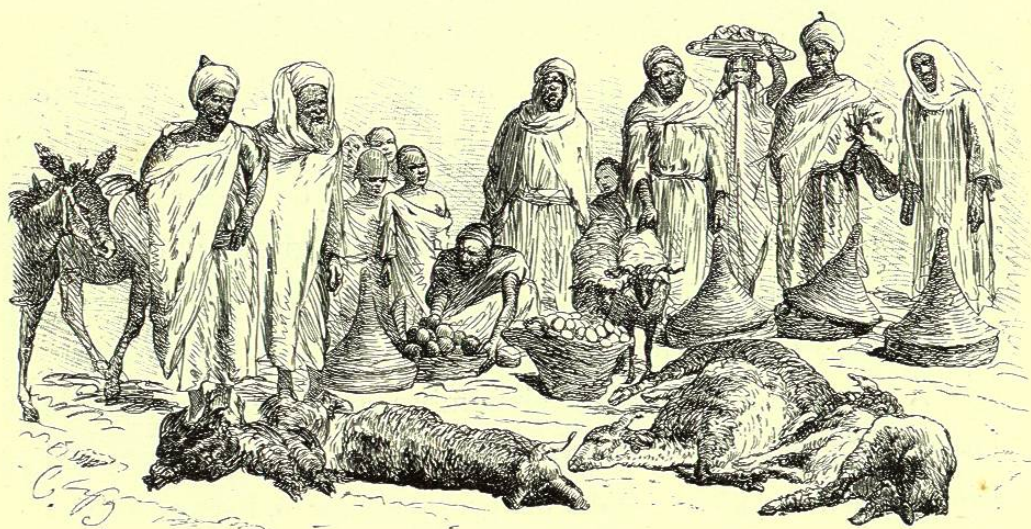
Una larga fila de árabes, acompañados del comandante de la escolta, de los soldados de la Legación y de los siervos atravesó el campamento, formándose delante de nuestra tienda, y depuso á los pies del embajador una gran cantidad de carbón, huevos, azúcar, manteca, candelas, pan, tres docenas de gallinas y ocho carneros.

Á este tributo se le da el nombre de *mona*. Además de las pesadas gabelas que pagan en dinero los habitantes del campo, tienen la obligación de proporcionar á los personajes oficiales, á los soldados del Sultán y á las embajadas que pasan, cierta cantidad de víveres y provisiones. El gobierno determina la cantidad; pero la autoridad local, tasando á su arbitrio lo que corresponde á cada habitante, logra que lo recibido, siquiera superior á las necesidades, no sea más que una mínima parte de lo que se exigió un mes antes, ó será exigido probablemente un mes después de la presentación.

Un anciano, que debía ser jefe de alguna tribu, dirigió, valiéndose del intérprete, algunas palabras lisonjeras al embajador, en tanto que sus compañeros, pobres campesinos vestidos de andrajos, dirigían alternativamente sus miradas á nuestras personas, á las tiendas, á sus presentes, fruto del

sudor con que regaron el suelo, con aire entre triste y sorprendido, que revelaba la más profunda resignación.

Hecho brevemente el reparto de la ofrenda entre el personal de la embajada, la escolta, los muleteros y los soldados de la Legación, el señor Morteo, que había sido nombrado aquella misma mañana intendente general del campamento, entregó una propina al anciano, que hizo una seña á sus



La mona

acompañantes, y todos juntos emprendieron de nuevo y silenciosamente el camino de sus chozas.

Entonces comenzó, como debía después acontecer todos los días, una gran baraúnda entre siervos, muleteros y soldados para la distribución y reparto de la *mona*, dando con ello lugar á una escena animadísima. Dos ó tres de ellos recorrían el campamento con precipitados pasos, llevando un carnero en brazos, invocando á Alá y al embajador: otros pedían su ración sacudiendo puñetazos en el suelo: Civo sacudía á uno y otro lado su holgada camisa blanca, persuadido de que estaba profundamente terrible: los carneros

balaban, cacareaban las gallinas, ladraban los perros, y todo fueron gritos y confusión hasta que, poniéndose de nuevo en pie el embajador, restablecióse el silencio.

El único que continuó murmurando un rato fué Selam.

Era Selam un personaje de importancia. Había en la Legación dos soldados de este nombre, destinados ambos al servicio particular del embajador; mas así como diciendo Napoleón á secas se entiende siempre Napoleón I, del mismo modo entre nosotros, durante el viaje, cuando hablábamos de Selam, sin añadir otra cosa, nos referíamos á aquél de quien estoy hablando. Paréceme que lo veo. Él; Mohamet, el novio de Tánger, de quien tengo hecho oportuna mención; y el Emperador, son para mí las tres personas que más simpáticas se me hicieron en Marruecos. Selam era un joven de todas prendas, fuerte, de elevada estatura y de gran penetración. Comprendía inmediatamente cuanto se le indicaba, obraba con rapidez, caminaba de prisa, hablaba mesuradamente y estaba en movimiento de la mañana á la noche: era la misma actividad. Los bagajeros, los encargados de las tiendas, los de la cocina, los muleteros, en una palabra, todos y para todo se dirigían á él; todo lo sabía y de todo daba razón. Hablaba medianamente el español y se le alcanzaba algo del italiano; mas aun cuando se hubiese expresado en árabe, habríase dado á entender; tan pintoresca y expresiva era su mímica. Para expresar una colina tomaba el ademán de un jefe fogoso que indicara á su regimiento la necesidad de asaltar una batería. Si quería reprochar á un criado por su torpeza, echábasele encima cual si hubiese tratado de anonadarle. En cuanto le veía, se me venía á la memoria el recuerdo de Tomás Salvini, desempeñando el *Otelo* ó el *Orosman*. Fuera la que se quisiera la actitud bajo la cual

se presentaba, lo mismo cuando vertía el agua fría sobre la espalda del embajador, que cuando, formando una sola pieza montado en su brioso caballo castaño, pasaba á nuestro lado á galope, siempre ofrecía una figura bella, elegante y decidida. Los pintores no se cansaban de contemplarlo. Vestía



Selam

caftán escarlata y pantalón azul, y se le reconocía de un extremo á otro de la caravana. En el campamento no se oía pronunciar más nombre que el suyo. Iba de una tienda á otra, bromeaba con nosotros, gruñía á los criados, daba y recibía órdenes, se disputaba, encolerizábase y prorrumpía en sonoras carcajadas: cuando estaba encolerizado parecía un salvaje; cuando reía semejaba un niño. No se le caía de la boca *el señor ministro*. Para él el señor ministro venía inme-

diatamente después de Alá y su Profeta. Diez fusiles apuntando á su pecho no habrían logrado hacerle palidecer; pero una repulsa del señor ministro habría sido bastante á hacerle llorar. Contaba veinticinco años.

En cuanto hubo concluído de murmurar, fué á abrir una caja muy cerca del sitio en que me hallaba. Al tiempo de bajarse cayósele el fez, y descubrí sobre su rasurada cabeza una gran mancha de sangre. Preguntéle de qué procedía, y me contestó que se había herido con uno de los grandes panes de azúcar de la *mona*.

—Hélo lanzado al aire,— me dijo con la mayor naturalidad,— y lo he recibido sobre la cabeza.

No le comprendí y se explicó.

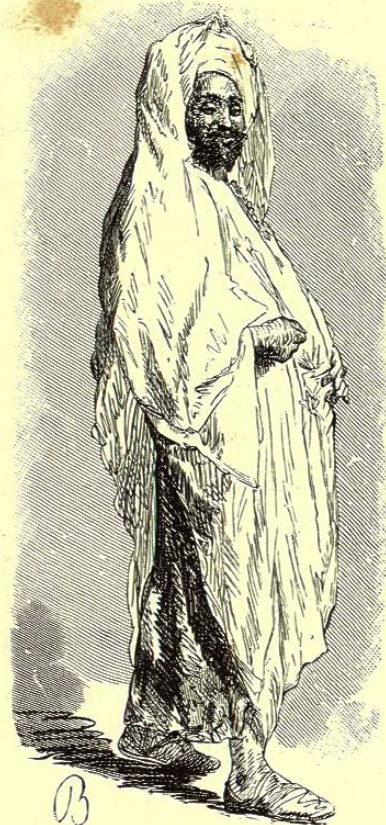
—Lo hago,— dijo,— para fortalecerme la testa: la primera vez caí en tierra desvanecido; mas al presente apenas si me salen algunas gotas de sangre: llegará un tiempo en que ni tan sólo se me hará en la piel el más insignificante rasguño. Todos los árabes hacen otro tanto. Mi padre partía en la cabeza ladrillos de dos dedos de grueso con la misma facilidad con que rompo yo un pedazo de pan. Un verdadero árabe —concluyó con aire satisfecho y sacudiéndose un puñetazo en el cogote— debe tener la cabeza de hierro.

Aquella noche presentaba el campamento un aspecto completamente distinto del que ofrecía la noche anterior. Cada uno había adquirido ya sus costumbres: los pintores, levantado el cabellete delante de la tienda, pintaban á más y mejor: el capitán se había dirigido á estudiar el terreno: el vicecónsul á cazar insectos: el ex-ministro de España á matar perdices: el embajador y el comandante jugaban al ajedrez debajo de la tienda del comedor: los criados se saltaban el uno encima

del otro, apoyando las manos en las espaldas de aquél por encima del cual saltaban: los soldados de la escolta hablaban sentados en círculo: quién paseaba, quién leía, quién estaba escribiendo: no parecía sino que llevábamos un mes de campamento en aquel sitio. Si hubiese habido una pequeña imprenta, habría intentado fundar un periódico.

El tiempo era hermosísimo. Comimos con las tiendas abiertas, y mientras duró la comida los jinetes de Had-el-Garbia festejaron á la embajada con estrepitosas descargas, iluminadas por los rayos de una hermosa puesta de sol.

Sentábase á mi lado en la mesa Mohamed Ducali, y aproveché la ocasión que se me ofrecía para observarlo atentamente. Era el tipo perfecto del moro rico, muelle, elegante, obsequioso, y digo rico, porque, según se aseguraba, era dueño de treinta casas



Mohamed Ducali

en Tánger, siquiera por aquel tiempo sus negocios estuviesen un tanto embrollados. Podía tener como cuarenta años. Era de estatura elevada, de regulares facciones, blanco y con grandes barbas: lucía un pequeño turbante y un jaique del más fino tejido de Fez, que le caía sobre un caftán bordado de color de amaranto: sonreía para poner de manifiesto sus hermosos dientes; hablaba el español con voz afeminada, y



La comida